

• Edición Especial •

José Pablo Feinmann | Tulio Halperin Donghi

Arturo Jauretche | Félix Luna | Felipe Pigna

25
MAYO
04



Ministerio de Educación, Ciencia y Tecnología

MAYO Y LA FILOSOFÍA

JOSÉ PABLO FEINMANN

En *Focundo*, gusta Sarmiento delinear una Buenos Aires sacudida por las novedades del Progreso, toda trémula de honda espiritualidad. No era así. Intelectualmente, distaba Buenos Aires de ubicarse a la cabeza del Virreinato. Hemos visto ya a Moreno marchar hacia Chuquisaca en busca de libros y Universidad.

Hay, sin embargo, algo de cierto, no se entusiasmaba en vano Sarmiento (nunca lo hizo); porque si bien Buenos Aires carecía de una estructura cultural de antigüedad y prestigio (en este sentido, Córdoba la superaba con amplitud), había logrado generar algo decisivo para todo espíritu elitista: una minoría revolucionaria. Aclaremos, entonces, las cosas: no es Buenos Aires la sacudida por las novedades del Progreso, sino su minoría revolucionaria. Que, para Sarmiento, es lo mismo. Para Sarmiento y todos los que habrán de pensar como él.

La minoría ilustrada, así, define el rostro de la ciudad portuaria: si es intelectualmente activa, también Buenos Aires lo es; si busca la revolución, también Buenos Aires la busca; si lee el *Contrato Social*, también Buenos Aires lo lee: en resumen antes que por su tradición y cultura, o por el estado de conciencia social y política alcanzado por su pueblo, Buenos Aires se define a partir de los proyectos de su grupo ilustrado. Las cosas siempre ocurren así para quienes piensan que las minorías (o al menos solamente las minorías) hacen la historia.

Córdoba, por el contrario, gozaba de una tradición y una difusión cultural más relevante que la de Buenos Aires. Es el mismo Sarmiento (en texto que testimonia su enorme talento de escritor americano) quien dice: "el pueblo de la ciudad, compuesto de artesanos, participaba del espíritu de las clases altas: el maestro zapatero se daba los aires de doctor en zapatería y os enderezaba un texto latino al tomaros gravemente la medida; el ergo andaba por las cocinas y en boca de los mendigos y locos de la ciudad, y toda disputa entre ganapanes tomaba el tono y forma de las conclusiones". (¿Quién ha vuelto a escribir así en la Argentina?).

Pero el espíritu de Córdoba es el del pasado: "es monacal y escolástico; la conversación de los estrados rueda siempre sobre las procesiones, las fiestas de los santos, sobre exámenes universitarios, profesión de monjas, recepción de las borlas del doctor". Que nadie lo dude: "la ciudad es un claustro encerrado entre barrancas".

Y ahora hagamos dos cosas: volvamos a Buenos Aires y dejemos a Sarmiento. Aquí, en Buenos Aires, está el grupo ilustrado. La mayoría son abogados: Juan José Castelli, Manuel Belgrano, Juan José Paso, Mariano Moreno, futuros integrantes de la Junta de Mayo, quienes, junto a los demás (Vieytes, Peña, Larrea, Matheu), se reúnen secretamente y entrelazan dos conceptos que los apasionan: el de *revolución* y el de *filosofía*. Han leído a Rousseau, conocen a Quesnay, Acondillac, y también a Say y Adam Smith. Sienten que ha llegado el momento de actuar. Creen, como habrá de creer después José Ingenieros (padre de toda la historiografía socialista argentina y responsable de sus mayores descalabros teóricos), que: “La voluntad social, o capacidad de realizar ciertos progresos necesarios, suele ser (...) un privilegio de pequeñas minorías que se anticipan a su tiempo”.

¿Qué encuentra Moreno en Rousseau? ¿Qué ideas del ciudadano de Ginebra, cuya obra fundamental traduce y prologa, consiguen clarificar y potenciar su proyecto de poder? Ante todo: su espíritu insolente y cuestionador. Todo revolucionario, en efecto, lo es a partir de una actitud fundante: la desacralización del orden establecido. Todo poder es cuestionable y, en cuanto tal, efímero. “Los tiranos (escribe Moreno) habían procurado prevenir diestramente este golpe, atribuyendo un origen divino a su autoridad; pero la impetuosa elocuencia de Rousseau, la profundidad de sus discursos, la naturalidad de sus demostraciones disiparon aquellos prestigios; y los pueblos aprendieron a buscar en el pacto social la raíz y único origen de la obediencia, no reconociendo a sus jefes como emisarios de la divinidad”. Pues éste ha sido el gran mérito de la obra Rousseauiana: “puso en clara luz los derechos de los pueblos, y enseñándoles el verdadero origen de sus obligaciones, demostró las que correlativamente contraían los depositarios del gobierno”.

Pero antes que los conceptos de soberanía popular o pacto social, es la *actitud* del texto de Rousseau lo que seduce a Moreno: todo gobierno es cuestionable, finito, y, en última instancia, reemplazable. Sobre todo por otro que sea fiel expresión de la soberanía del pueblo a través del pacto social. Que era, justamente, el que pensaba implantar Moreno.

La profunda fe que nuestro abogado tiene en el poder de la teoría no deja de expresarse en este prólogo: la de Rousseau es, así, “una obra capaz por sí sola de producir la ilustración de los pueblos”. Y si bien los tiranos han conseguido sustraerla al conocimiento de las muchedumbres, “los hombres de letras

formaron de ella el primer libro de sus estudios”. De este modo, “el triunfo de los talentos del autor no fue menos glorioso por ser oculto y en secreto”.

En Buenos Aires, también es secreto el triunfo de Rousseau: sólo la *minoría revolucionaria* accede a sus verdades. Pero ya sabemos: no por ser secreto es menos glorioso. ¿O quizá es glorioso porque es secreto? No es arriesgado suponer que algo muy parecido a esto pensaban Moreno y sus amigos. ¿O acaso no fue rigurosamente secreto el famoso *plan de operaciones* destinado a orientar el proceso revolucionario? No lo olvidemos: Moreno y sus amigos eran iluministas, acababan de acceder a la revolución arrastrados por esta corriente filosófica. (Así habían ocurrido las cosas en Europa, ¿podía ocurrirles algo distinto a ellos?) Y la razón iluminista, por desconfiar de la historia y, por ende, de las mayorías, que siempre algo tienen que ver con ella, tuvo y tendrá una marcada tendencia a generar minorías absolutistas y represivas. Así, los elegidos por la Razón para modelar la historia según sus reglas, saben que son justamente eso, elegidos, destinados a ofrecerse mutuo reconocimiento y comunicarse secretamente sus planes revolucionarios, pues para llevarlos a cabo basta con que sólo ellos tengan acceso a los mismos. El iluminista, en suma, pese a sus constantes invocaciones al pueblo y su soberanía, padece una marcada incapacidad para valorar la participación de las mayorías en la historia.

Y Moreno era iluminista. La historia constituía para él una materia indócil, arbitraria y profundamente poco confiable. Había que transformarla, pero transformarla en *exterioridad*, enfrentándola y obligándola a sujetarse a las normas revolucionarias de la razón. Lo racional, de este modo, no es algo que tenga que ver con la historia, nada pueden decirnos los hechos, ninguna señal indicativa podemos recoger de ellos pues no son sino expresión de lo establecido. Progreso e Historia, para el iluminista, se oponen. El Progreso tiene que ver con la Razón, no con la Historia, y sólo cuando la Razón se adueña de la Historia e introduce en ella una determinada teleología, la Historia se vuelve *racional, progresiva, en fin, revolucionaria*.

Mayo y la filosofía surgen, así, en íntimo maridaje. Nuestra minoría ilustrada había leído los libros necesarios, había accedido a la certeza de poseer el poder de la razón y deseaba ahora transformar la historia. *Partiendo de la filosofía, iba a construirse la nación*.

(Fragmento extraído de *Filosofía y Nación*, © José Pablo Feinmann, © Compañía Editora Espasa Calpe Argentina S.A./ Ariel, 1996)

LA REVOLUCIÓN DE MAYO

FELIPE PIGNA

Uno podría preguntarse con todo derecho: ¿la Revolución de Mayo fue un acto económico, un acto político, un acto militar? Y responderse: no, fue un acto escolar.

Así atraviesa nuestras vidas el hecho fundador de nuestra nacionalidad, como un recuerdo agrisulce de pastelitos, corcho quemado y vendedores ambulantes (...)

Los hechos de Mayo son absolutamente inexplicables sin una comprensión necesaria de la situación europea, porque son el resultado de una compleja serie de causas entre las que la situación externa se torna determinante (...)

Estaba claro que la suerte de estas colonias dependía de las vicisitudes de la guerra europea y de la política de Napoleón y los ingleses. Los porteños estaban en vilo esperando las noticias sobre la situación española, que llegaba por barco con dos o tres meses de retraso, y muchas veces la imaginación popular remplazaba la falta de información con rumores y fantasías, animando el clima tranquilo y aburrido del virreynato: “Fernando fue asesinado”; “Napoleón se rindió”; “Volvió Fernando”; “Cayó la junta de Sevilla”.

El 13 de mayo de 1810 llegó al puerto de Montevideo la fragata inglesa John Paris trayendo al Río de la Plata una noticia grave: el 13 de enero Sevilla había caído en manos de Napoleón. (...)

En un principio el virrey trató de ocultar las novedades incautándose de todos los periódicos que traía el barco. Pero, según cuenta Mario Belgrano, uno de ellos llegó a manos de Belgrano y Castelli, que se encargaron de difundir la noticia. Desde entonces, Cisneros no tuvo más remedio que dar a conocer la información (...)

La Semana de Mayo estuvo muy lejos de ser un apacible tránsito de vendedores ambulantes y damas antiguas, como se nos enseñó prolijamente en nuestras tiernas infancias. Estaban en juego muchos intereses, nacionales y extranjeros, y las pasiones, en algunos casos legítimas y en otras unidas directamente a los bolsillos, se desataron.

Pese a las ilusiones del virrey de que todo transcurriera según su voluntad, la misma noche del 18 de mayo, los partidarios del cambio se reunieron en la casa de Rodríguez Peña y decidieron exigirle a Cisneros la convocatoria a un Cabildo Abierto (...)

El día 21 de mayo a las 9 de la mañana se reunió el cabildo como todos los días, para tratar las cuestiones de la ciudad. Pero a los pocos minutos, los cabildantes tuvieron que interrumpir sus labores. La Plaza de la Victoria estaba ocupada por unos 600 hombres con pistolas y puñales. Este grupo de revolucionarios, encabezados por Domingo French y Antonio Luis Berutti, se agrupaban bajo el nombre de “Legión infernal”, y desconfiando de la palabra empeñada por el virrey, pedía a gritos que se concretara la convocatoria al Cabildo Abierto para el día siguiente. Los cabildantes accedieron al pedido de la multitud (...)

De los 450 sólo pudieron llegar 251. Los muchachos de la Legión Infernal usaron para la tarea, más que las míticas cintitas de color incierto, convincentes cuchillos, trabucos y fusiles.

Cuenta un testigo de los hechos cómo los muchachos de la Legión Infernal, parapetados estratégicamente en las esquinas del cabildo, bajo la cercana supervisión de sus jefes, French y Berutti, ejercieron el “derecho de admisión” (...)

Decía Castelli aquél memorable 22 de mayo de 1810: “A mí me toca contestar al señor Obispo y si se me impide hacerlo, acudiré al pueblo para que se respeten mis derechos”.

Castelli fue interrumpido por el obispo: “Asombra que hombres nacidos en una colonia se crean con derecho a tratar asuntos privativos de los que han nacido en España (...)”

Haciendo uso de una maravillosa ironía, (Castelli) señaló: “Si el derecho de conquista pertenece, por origen, al país conquistador, justo sería que la España comenzase por darle la razón al reverendo Obispo abandonando la resistencia que hace a los franceses y sometiendo, por los mismos principios con que se pretende que los americanos se sometan a las aldeas de Pontevedra (...)”

El debate del 22 fue muy acalorado y despertó las pasiones de ambos bandos. El coronel Francisco Orduña, partidario del virrey, contará horrorizado que mientras hablaba fue tratado de loco por no participar de las ideas

revolucionarias “mientras que a los que no votaban contra el jefe (Cisneros) se les escupía, se les mofaba, se les insultaba y se les chiflaba”.

Mientras tanto Manuel Belgrano, apostado en una de las ventanas del cabildo, había montado con los chisperos instalados en la plaza, un sistema de señales. Si la cosa se ponía muy complicada, debía agitar un pañuelo blanco y los muchachos irrumpirían en la sala capitular.

No hizo falta, porque aquél 22 de mayo casi todos los asistentes aprobaron la destitución del virrey, aunque no se ponían de acuerdo sobre quién debía asumir el poder y por qué medios.(...)

La mañana del 25, grupos de vecinos –algunos con paraguas y otros sin paraguas, porque si bien los había, eran un artículo de lujo–, se congregaron en la plaza con el apoyo de los milicianos encabezados por French y Berutti (...)

Cuando las sesiones parecían demorarse demasiado, irrumpió en la sala el jefe de los chisperos Antonio Luis Berutti, que dijo en tono amenazante: “Señores del Cabildo, esto ya pasa de juguete, no estamos en circunstancias de que ustedes se burlen de nosotros con sandeces. Si hasta ahora hemos procedido con prudencia, ha sido para evitar desastres y efusión de sangre. El pueblo, en cuyo nombre hablamos, está armado en los cuarteles y una gran parte del vecindario espera en otras partes para venir aquí (...)”

Los cabildantes tomaron muy en serio las amenazas y anunciaron la formación de la Primera Junta de Gobierno (...)

Días después del 25 de mayo, el cura párroco de Soriano, en la Banda Oriental, que seguía en manos españolas, asentaba en el libro de defunciones la siguiente partida: “El día 25 de mayo de este mes de mayo, expiró en esta provincia del Río de la Plata, la tiránica jurisdicción de los virreyes, la dominación déspota de la península española y el escandaloso influjo de todos los españoles (...)” A los pocos días, el cura Gomensoro fue separado de su parroquia (...)

La revolución estaba en marcha. Quedaba ver qué caminos tomaría.

(Fragmento extraído de *Los mitos de la historia argentina*, © Felipe Pigna, 2004,
© Grupo Editorial Norma, 2004)

PLAZA VACÍA, GENTE COMO UNO

FELIX LUNA

Imaginemos un día nublado y medio lluvioso, de esos que son tan frecuentes en el otoño porteño. Imaginemos que un vecino resuelve pasarlo junto al río, pescando. Con sábalos o algún bagre, a la tardecita regresa a su casa. Su mujer le pregunta si trae alguna noticia, si vio algo novedoso. El hombre le dice que no: todo lo que hizo fue tirar la línea en las toscas. Ese día podría haber sido el 25 de Mayo de 1810 y ese porteño pudo haber sido uno de los tantos que no se enteró de nada de lo que ocurrió en aquella jornada.

El cabildo abierto del 22 de mayo reunió a menos de quinientos vecinos y Buenos Aires tenía, en ese momento casi 40.000 habitantes. Es decir que sólo el 1 por ciento de la población participó de aquella trascendental reunión en la que se asentaron las bases conceptuales y jurídicas que fundamentarían el relevo del virrey y su reemplazo por una junta designada –o más bien, asentida– por el pueblo. Es probable, entonces, que la asamblea reunida más o menos tumultuosamente frente al Cabildo en la mañana del 25 de Mayo, no haya tenido un rating muy superior: 1000 o 1500 vecinos, como máximo. Nuestro pescador habría formado parte, pues, de la enorme mayoría que nada tuvo que ver con la transición del sistema colonial a un régimen nuevo, implícitamente comprometido con la independencia de estas tierras.

Naturalmente, la escasez de participación popular no resta al 25 de Mayo la enorme importancia que tuvo, por varios motivos. En primer lugar, deponer a un representante del rey y reemplazarlo por un cuerpo colegiado era algo insólito y atrevido aunque Cisneros no representara al monarca español sino al organismo que gobernaba en España a su nombre, en vista de la cautividad de Fernando VII. Y aunque esta fuera, en realidad, la segunda oportunidad en que ocurría un hecho como este en Buenos Aires, pues cuatro años atrás una pueblada había exigido la deposición de Sobremonte por su incompetencia y cobardía frente a la invasión inglesa. Pero en 1806 esa verdadera revolución paso casi inadvertida entre las luchas por la Reconquista; ahora, en 1810, el derrocamiento del virrey era el resultado de un tranquilo y racional debate entre unos pocos vecinos, “la parte más sana y principal” de la capital del virreinato.

En segundo lugar, lo que ocurrió el 25 de Mayo fue muy importante porque de algún modo significó la presencia activa de los militares criollos en el proceso político. Las milicias populares que se habían levantado en Buenos Aires desde 1806 estaban compuestas por criollos y por españoles, divididos en regimientos según sus lugares de origen. Pero en esos cuatro años se habían vivido procesos muy diferentes en los cuerpos peninsulares y en los criollos. Aquéllos estaban integrados por comerciantes y artesanos, para quienes el oficio de las armas era una molestia; los criollos, en cambio, por ser pobres, se habían tomado muy en serio sus nuevas profesiones de soldados, vivían de sus sueldos y raciones y concurrían puntualmente a los ejercicios. En poco tiempo adquirieron una capacidad de fuego temible y esta superioridad se vio en enero de 1809, cuando Liniers reprimió fácilmente, con su ayuda, el conato de golpe organizado por el alcalde Alzaga. Ahora, en mayo de 1810, fueron los Patricios quienes hicieron la guardia de la Plaza, dejando entrar a los adictos y rechazando suavemente a los adversarios. Los "fierros" los tenían los regimientos criollos y esta circunstancia fue decisiva para apurar el derrocamiento del virrey Cisneros.

Y una tercera circunstancia notable: tanto en la reunión abierta del 22 como en el compromiso adquirido el 25 de Mayo por los componentes de la Junta, se dejó claramente sentada la necesidad de convocar a los representantes del pueblo de las restantes ciudades del virreinato para que homologaran lo decidido por el de Buenos Aires. Si éste había obrado como lo hizo era por razones de urgencia, como "hermana mayor" –según dijo Paso_. Pero se reconocía la necesidad de que un paso tan trascendente quedara avalado por el pueblo del virreinato. Y en este reconocimiento venía implícita la idea de federalismo y también la noción de la integridad del virreinato.

De nada de esto, claro está, pudo enterarse el vecino que en la tarde de esa jornada regresó a su casa con un par de pescados colgando de su hombro... Pero seguramente tardó muy poco tiempo en advertir que lo sucedido ese día también involucraba su propia vida. Porque de comienzos tan triviales como el de esta revolución burguesa y municipal, pueden venir consecuencias tan drásticas como la que conlleva la creación de una nueva Nación. Nada más ni nada menos.

(Nota aparecida en *Página/3*, revista aniversario de *Página/12*, junio de 1990.)

LA REVOLUCIÓN Y SUS TAREAS

TULIO HALPERÍN DONGHI

Desde el 22, el orden colonial ya no existe, pero su sucesión no está resuelta. El Cabildo, urgido por los comandantes, asume el 23 el poder vacante, para crear al día siguiente una Junta, que presidirá el ex virrey e integrados de los promotores de la crisis (Saavedra y Castelli) y dos representantes de la tendencia intermedia puesta en evidencia el 22 (Inchurregui y Solá). Pero los dos revolucionarios, que comienzan por aceptar sus cargos, comunican en la noche del 24 que se retiran de la apenas constituida Junta: nuevamente Saavedra frustra las esperanzas de Cisneros, y la Junta entera renuncia, invocando la resistencia encontrada en una parte del pueblo. Al día siguiente el Cabildo comienza por rechazar esa renuncia e invitar a la Junta a contener a la parte descontenta, "teniendo V.E. las fuerzas a su disposición". Pero esta hipótesis está lejos de cumplirse; hay nuevamente agitación en la plaza, y los capitulares creen oportuno "explorar nuevamente el ánimo" de los comandantes, no sin recordar "que el día de ayer se comprometieron a sostener la resolución y la autoridad de donde emanaba". Esas evocaciones no impresionan a los comandantes: a las nueve y media de la mañana éstos comparecen ante el Cabildo y se afirman incapaces de frenar la agitación del pueblo y las tropas. El tumulto crece y los capitulares creen oportuno aminorar la intransigencia: es necesario que el ex virrey deje la presidencia de la Junta. Del cercano fuerte llega en efecto la solicitada disminución, o más bien, un curioso sustituto de ella: los miembros de la Junta declaran que Cisneros, "con la mayor generosidad y franqueza" acaba de comunicarles su decisión de renunciar, y sugieren que el Cabildo le designe de inmediato un reemplazante.

Eso no es lo que quieren los que se agolpan en la plaza, y ahora también en el recinto capitular; en su nombre un perentorio documento hace saber a los capitulares que el pueblo ha reasumido las facultades delegadas el 22 en el Cabildo, que "revoca y da por de ningún valor la Junta erigida y anunciada en el bando de ayer... y quiere que V.E. proceda a manifestar por otro bando público la elección de vocales que hace". Las tergiversaciones terminan cuando los voceros del pueblo amenazan que "mandarían... que se abriesen los cuarteles; en cuyo caso sufriría la ciudad lo que hasta entonces había procurado evitar". Sin duda el acta capitular, fuente principal sobre los hechos del

25, está lejos de ofrecer un testimonio desinteresado; muy evidentemente ha sido redactada teniendo cuidado de desvincular al Cabildo de toda responsabilidad en una iniciativa que podía costar muy caro a sus autores. Pero no hay duda de que la amenaza de usar la fuerza de las milicias fue el elemento decisivo. ¿Basta esto para negar, como gusta de hacerlo más de un historiador, el carácter popular de la revolución que comenzaba y asimilarla entonces a las revoluciones militares que no iban a escasear en el futuro?.

La conclusión no parece demasiado evidente: la transformación de las milicias en un ejército regular, con oficialidad profesionalizada, es un proceso que está apenas comenzando, y por el momento los cuerpos milicianos son, más bien que un elemento autónomo en el conflicto, la expresión armada de cierto sector urbano que sin duda los excede. ¿Este sector puede ser llamado popular?. He aquí una pregunta que quienes han negado tajantemente el carácter popular de la Revolución de Mayo han omitido formularse, y acaso sea necesario imitar su prudencia. No es dudoso en todo caso que ese sector hallaba más fácil su rival encontrar eco en la población urbana en su conjunto; que su consolidación y su emergencia como aspirante al poder había aislado de ella a los grupos más limitados que tenían su destino ligado al viejo orden. Señalado esto, no se ha resuelto por cierto el problema del carácter de la revolución, que no es idéntico al del porcentaje de la población de Buenos Aires que participó en la jornada del 25; es la concreta política del poder revolucionario la que puede dar la clave para resolverlo.

Por el momento, esa política encierra un fuerte elemento de prudencia: el primer objetivo de la nueva autoridad es obtener un triple certificado de legitimidad, otorgado por el Cabildo, la Audiencia y el virrey; con esos impresionantes avales se presentará ante las autoridades subordinadas a las cuales va a reemplazar, exigiéndoles disciplinado acatamiento. El primero en inclinarse a esa exigencia es el virrey; en ese 26 en que pone su firma a la comunicación que le es exigida, Buenos Aires presenta un espectáculo en verdad nuevo. “Todo está en silencio —observa un testigo realista— ellos mismos son los que andan arriba y abajo por las calles con los sables arrastrando metiendo ruido y nadie se mete con ellos.” Han comenzado los tiempos en que la calle es de los vencedores y tras las ventanas cerradas los vencidos atesoran sus rencores y esperan en el futuro: “tenemos que ver muchas novedades entre ellos...muchos han de estar descontentos entre ellos por lo que no les ha tocado

parte de la presa”. Junto con el aprendizaje de la libertad, Buenos Aires comienza el de la discordia; y los nuevos gobernantes, al exigir el aval de aquel a quien han derrocado, hacen algo más que ceder a los escrupulosos de unos súbditos que no se deciden a dejar de serlo; preparan nuevas armas para una lucha que saben dura e incierta.

(Fragmento extraído de *Historia Argentina. De la Revolución de Independencia a la Confederación Rosista*, © Tulio Halperín Donghi, © Paidós, 1972)

SOBRE LAS FIESTAS PATRIAS

ARTURO JAURETCHE

Desde la salida del sol hasta el fin del Tedéum el “batallón infantil”, muerto de frío y cansancio, se aguantaba seis horas largas. Recién después del Tedéum, el Himno Nacional y los discursos que los seguían, la gente se marchaba a la Intendencia Municipal a los compases de la marcha “San Lorenzo”, para presenciar el desfile escolar que el batallón infantil encabezaba. Creo que la distinción que este lugar significaba, influía para que hubiera mantenido su marcial formación durante tantas horas; pero también debe tenerse en cuenta el hecho de que el desfile terminaba ante las bandejas de la confitería de Pontiroli en los corredores de la Municipalidad, con el reparto de las masas; la preeminencia militar nos aseguraba elegir de las masitas preferidas y no de los rezagos que quedaban para los últimos. Con dos en la mano y otra en la boca —y mejor si de crema— quedaban compensados todos los trabajos de la mañana.

Por la tarde, la fiesta patria continuaba en la cancha de carreras a la orilla del pueblo. Se corrían las de sortijas y algunas pollas con premios y también solía haber domas de potros. Después empezaban las cuadreras con largas e interminables partidas en las que los corredores ponían a la par sus parejeros y se iban convidando, tratando de ventajearse mutuamente en el pique. Generalmente terminaban por largar con bandera. Más de una vez, vi en la raya un fallo discutido y solían salir los cuchillos y sonar algún revólver.

Recuerdo algo que mi impresionó pero que, ahora, se me hace grato. Vi un entrevero de esos en que participaron más de quince paisanos y del que resultaron diez o doce heridos pero ninguno grave: punta y hacha y planazos, lujo

de cuchilleros. La gente de aquellos pagos era, en general, de buena índole y peleaba más bien por jactancia de destreza o prueba de hombría, y no mataba sin necesidad. Más bien, se floreaba con el arma en la mano: era un gusto de varón.

Los fuegos artificiales culminaban en la noche la fiesta patria y se renovaba todos los años el prestigio de las bengalas, de la estrellas voladoras, de los soles crepitantes y los fuegos rojos, verdes, amarillos y azules sobre el telón negro del cielo, con las estrellas oscurecidas por los resplandores de los castillos incendiados y los combates navales, el giro velocísimo de las ruedas gigantes y las enloquecidas que se desprendían rotando y terminaban por extinguirse en estallidos luminosos, allá arriba. Pero me parece que lo que causaba más impresión eran las proyecciones cinematográficas en la calle, seguramente reservadas para los 25 de Mayo, porque los 9 de Julio eran muy fríos. Recuerdo vagamente la comicidad de Toribio y Sánchez; llegó también Max Linder. Eran “las vistas” —entonces se decía así, como ahora es “bien” y también biógrafo— al cinematógrafo que terminó en cine, según protestaba el tartamudo, que había tenido mucho trabajo para aprender los primeros nombres. Pero lo inolvidable no son las “vistas” sino los comentarios de la multitud venida del fondo de los campos, en aquella “platea” de gente a caballo, en sulkies, en charrets, en carros y hasta en los vagones de las estancias.

Aquella avenida Massey, con el telón delante en el medio de la calle —con el proyector en el balcón ochava de la Municipalidad— cubierta por toda clase de vehículos ocupados y jinetes, pudiera dar el modelo, sin necesidad de traerlo de afuera, pero lo que no se podrá reproducir es la espontaneidad comunicativa de las risotadas, de punta a punta de la móvil platea y de la participación de espectadores, que vivían intensamente lo que ocurría en la pantalla. Eran como niños, mis paisanos de entonces en el pueblo; pero niños gigantes que hacían los más duros trabajos durante todo el año y sólo tenían para reír ese momento de la fiesta patria.

Pero terminemos con las fiestas patrias.

A la hora misma en que finalizaban en la calle las “vistas” o estallaban los fuegos artificiales para el “pópulo minuto”, especialmente rural, empezaba el baile de gala, en la Municipalidad —si la situación política era fluida— o en el Club Social, si era tensa. Pero éste es tema que irá en otro lugar más adelante.

(Fragmento extraído de “de memoria” pantalones cortos,
Arturo Jauretche, © A. Peña Libro Editor S.A., 1972)

25 de mayo, Edición Especial

Nuestra identidad colectiva se encuentra en permanente construcción y es el pueblo quien aporta desde su historia, proyectos y desde su diversidad cultural la principal materia para edificarla.

Para fortalecerla es necesario crecer sobre raíces sólidas, rescatando la memoria y reconociendo en la propia historia aquello que nos identifica. Es por ello que la conmemoración del 25 de mayo es una excelente ocasión para reflexionar sobre nuestro pasado, sobre la lucha por la emancipación, y también sobre los desafíos que implica ser coherentes hoy con esa voluntad de libertad y soberanía.

Tulio Halperin Donghi, historiador, investigador, profesor y doctor honoris causa en la UNL; José Pablo Feinmann, filósofo, periodista, escritor y guionista de cine; Arturo Jauretche, político y escritor; Jorge Lanata, periodista, escritor y editor; Félix Luna, historiador, escritor, abogado y diplomático y Felipe Pigna historiador, escritor, columnista radial y docente de la UBA, nos traen un 25 de mayo con odios y traiciones, con pasiones y secretos, para que con sus diferentes miradas, podamos imaginar esa revolución desde nuestra propia perspectiva.

El Ministerio de Educación, Ciencia y Tecnología, a partir de las Campañas de Lectura que está llevando adelante, espera que estos textos se conviertan en un humilde homenaje a esa gesta patriótica.

También aspiramos a que estos textos lleguen a las manos de muchos argentinos que se entusiasmen por leer más historias de estos y otros grandes autores argentinos.

Estamos convencidos que comprender nuestro pasado se puede transformar en una poderosa herramienta para construir un país mejor.



PRESIDENCIA *de la* NACIÓN

MINISTERIO *de*
EDUCACIÓN
CIENCIA *y* TECNOLOGÍA

25
MAYO
04'



• Edición Especial •

